

y ¿eso?,
que Crespo,

don Pedro, el Périto, lo ordenó, a medio-
día bajará el Lucio, tú ya cumpliste,

y, con la fresca, Paco y la Régula, amontonaron los enseres en el carromato y emprendieron el regreso y, en lo alto, acomodados entre los jergones de borra, iban los muchachos y, en la trasera, la Régula con la Niña Chica, que no cesaba de gritar y se le caía la cabeza, ora de un lado, ora del otro, y sus flacas piernecitas inertes asomaban bajo la bata, y Paco, el Bajo, montado en su yegua pía, les daba escolta, velando orgullosamente la retaguardia, y le decía a la Régula elevando mucho el tono de voz para dominar el tantarantán de las ruedas en los relejes, entre bramido y bramido de la Niña Chica,

ahora la Nieves nos entrará en la escuela
y Dios sabe dónde puede llegar con lo espabilada que es,
y la Régula,

ae, ya veremos,
y, desde su altura majestuosa, añadía Paco,
el Bajo,

los muchachos ya te tienen edad de trabajar, serán una ayuda para la casa,
y la Régula,

ae, ya veremos,

y continuaba Paco, el Bajo, exaltado con el traqueteo y la novedad,

lo mismo la casa nueva te tiene una pieza más y podemos volver a ser jóvenes,
y la Régula suspiraba, acunaba a la Niña Chica y la espantaba los mosquitos a manotazos, mientras, por encima del carril, sobre los negros encinares, se encendían una a una las estrellas y la Régula miraba a lo alto, tornaba a suspirar y decía,

ae, para volver a ser jóvenes tendría que callar ésta,

y una vez que llegaron al Cortijo, Crespo, el Guarda Mayor, les aguardaba al pie de la vieja casa, la misma que abandonaron cinco años atrás, con el poyo junto a la puerta, todo a lo largo de la fachada, y los escuálidos arriates de geranios y, en medio, el sauce de sombra caliente, y Paco lo miró todo apesadumbrado y meneó la cabeza de un lado a otro y, al cabo, bajó los ojos,

¡ qué le vamos a hacer!

dijo resignadamente,

estaría de Dios,

y, poco más allá, dando órdenes, andaba don Pedro, el Périto, y

buenas noches, don Pedro, aquí estamos de nuevo para lo que guste mandar,
buenas noches nos dé Dios, Paco, ¿sin no-

vedad en la Raya?

y Paco,

sin novedad, don Pedro,

y, conforme descargaban, don Pedro les iba siguiendo del carro a la puerta y de la puerta al carro,

digo, Régula, que tú habrás de atender al portón, como antaño, y quitar la tranca así que sientas el coche, que ya te sabes que ni la Señora, ni el señorito Iván avisan y no les gusta esperar,

y la Régula,

ae, a mandar, don Pedro, para eso estamos,

y don Pedro,

de amanecida soltarás los pavos y rascarás los aseladeros, que si no no hay Dios que te aguante con este olor, qué peste, y ya te sabes que la Señora es buena pero le gustan las cosas en su sitio,

y la Régula,

ae, a mandar, don Pedro, para eso estamos,

y don Pedro, el Périto, continuó dándole instrucciones, que no paraba de darle instrucciones y, al concluir, ladeó la cabeza, se mordió la mejilla izquierda y quedó como atorado, como si omitiera algún extremo importante, y la Régula sumisamente,

¿alguna cosa más, don Pedro?

y don Pedro, el Périto, se mordisqueaba nerviosamente la mejilla y volvía los ojos para la Nieves pero no decía nada y, al fin, cuando parecía que iba a marcharse sin despegar los labios, se volvió bruscamente hacia la Régula,

esto es cosa aparte, Régula,

balbuceó,

en realidad éstas son cosas para tratar entre mujeres, pero...

y la pausa se hizo más profunda, hasta que la Régula, sumisamente,

usted dirá, don Pedro,

y don Pedro,

me refiero a la niña, Régula, que la niña bien podría ponerle una manita en casa a mi señora, que, bien mirado, ella está cobarde para las cosas del hogar, sonrió acremente,

no le petan sus labores, vaya, y la niña ya está crecida, que hay que ver cómo ha empollinado la niña esta en poco tiempo, y, según hablaba don Pedro, el Périto, Paco, el Bajo, se iba desinflando como un globo, como su virilidad cuando gritaba en la alta noche la Niña Chica, y miró para la Régula, y la Régula miró para Paco, el Bajo, y al cabo, Paco, el Bajo, ahuecó los orificios de la nariz, encogió los hombros y dijo,

lo que usted mande, don Pedro, para eso estamos,

y, súbitamente, sin venir a cuento, a don Pedro, el Périto, se le dilataron las pupilas y empezó a desbarrar, como si quisiera ocultarse bajo el alud de sus propias palabras, que no paraba, que,

ahora todos te quieren ser señoritos, Paco, ya lo sabes, que ya no es como antes, que hoy nadie quiere mancharse las manos, y unos a la capital y otros al extranjero, donde sea, el caso es no parar, la moda, ya ves tú, que se piensan que con eso han resuelto el problema, imagina, que luego resulta que, a lo mejor, van a pasar hambre o a morirse de aburrimiento, vete a saber, que otra cosa, no, pero a la niña en casa, no le ha de faltar nada, no es porque yo lo diga...

y la Régula y Paco, el Bajo, asentían con la cabeza, e intercambiaban furtivas miradas cómplices, pero don Pedro, el Périto, no reparaba en ello, que estaba muy excitado don Pedro, el Périto,

y siendo de vuestra conformidad, mañana a la mañana aguardamos a la niña en casa, y para que no la echéis en falta y ella no se imple, que ya sabemos todos cómo se las gastan los muchachos ahora, por las noches puede dormir aquí,

y, después de muchas gesticulaciones y aspavientos, don Pedro se marchó y la Régula y Paco, el Bajo, empezaron a instalar sus enseñas en silencio, y después cenaron y, al concluir la cena, se sentaron junto al fuego y, en ese momento, irrumpió Facundo, el Porquero,

también te tienes coraje, Paco, en la Casa de Arriba no te para ni Dios, que ya conoces a doña Purita, que parece como que la pincharan con alfileres, lo histérica, que ni él la aguanta,

dijo, mas, como ni la Régula ni Paco, el Bajo, replicaran, Facundo se apresuró a añadir,

no la conoces, Paco, si no me crees preguntale a la Pepa, que anduvo allí, pero la Régula y Paco continuaban mudos y, en vista de ello, Facundo, el Porquero, dio media vuelta y se marchó, y a la mañana, la Nieves se presentó puntualmente en la Casa de Arriba y al otro día lo mismo, hasta que esto se hizo una costumbre y empezaron a transcurrir insensiblemente los días, y, así que llegó mayo, se presentó un día el Carlos Alberto, el mayor del señorito Iván, a hacer la Comunión en la Capilla del Cortijo y dos días después, tras muchos preparativos, la Señora Marquesa con el Obispo en el coche